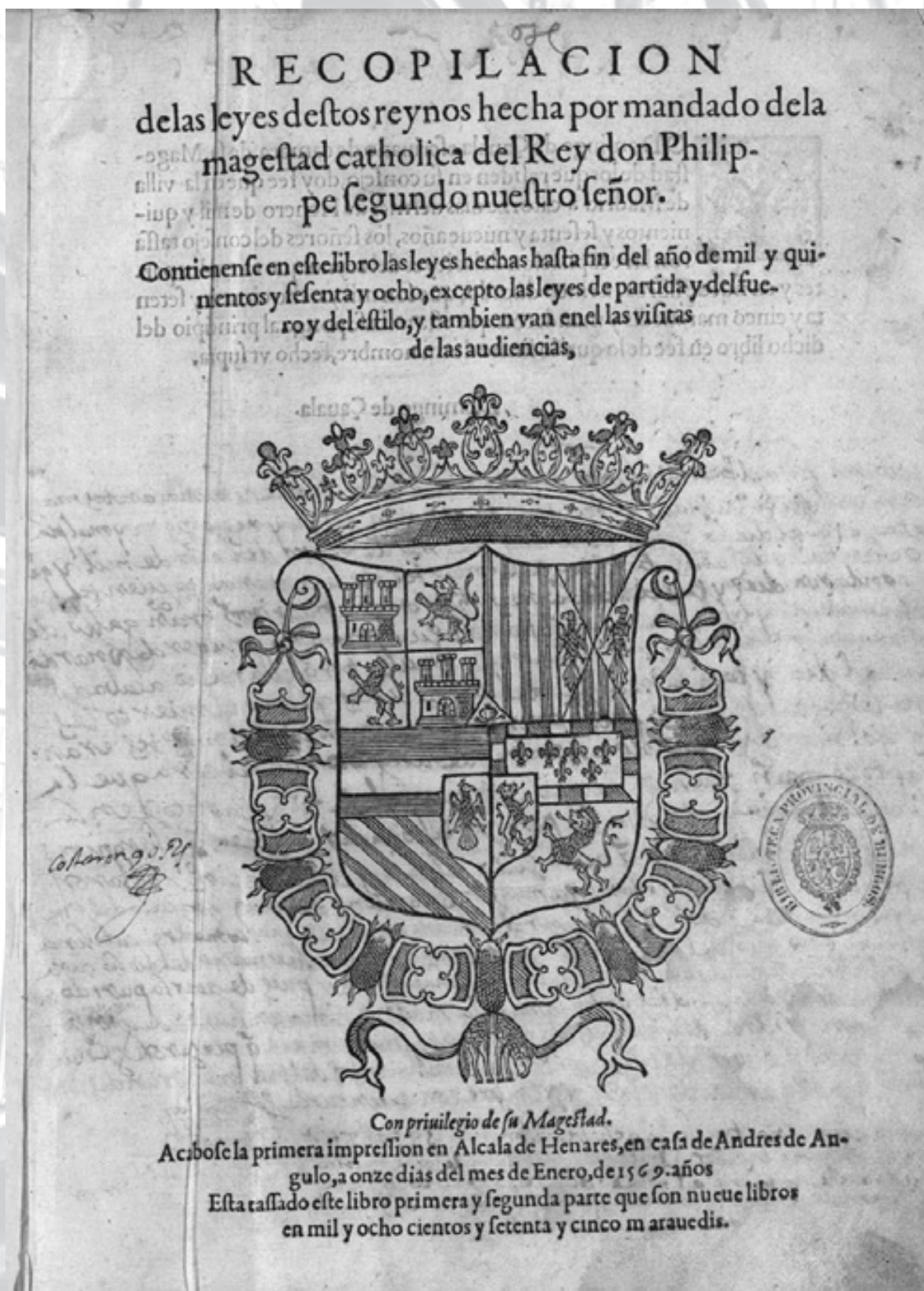


Prágmatica de luto y cera

Isabel Seco Campos, Archivera Municipal



En el siglo XVI, a raíz de la muerte del príncipe Juan, en 1497, y debido a una serie de sucesos funestos acaecidos en la corte, los Reyes Fernando II de Aragón e Isabel I de Castilla ordenaron la Pragmática de Luto y Cera, por la cual, el luto debía representarse con el color negro. Anteriormente, el luto era blanco, es decir, se vestía de blanco, y fue a partir de esta pragmática cuando se prescribió que la manifestación de dolor y pena por la muerte de un ser querido debía hacerse con el negro. En ella también se prohibía la presencia de plañideras en los velatorios y cortejos fúnebres, así como los gritos y escandalosos llantos de dolor, propios de las mujeres. Se pretendía con ello que la muerte se oficiara con una ceremonia luctuosa y sobria.

La Pragmática publicada en 1502 trataba de poner coto a una costumbre que parecía muy arraigada, según la cual cuando moría un personaje principal, el luto que por él se guardaba corría a costa de los bienes de los pueblos, villas y ciudades, lo que producía gastos excesivos para los vecinos. Los Reyes Católicos quieren cortar por lo sano y disponen que se destinen para estos menesteres 2.000 maravedís y no más, so pena de que todo lo que exceda de dicha cantidad sea devuelto, con otros dos tanto, no sólo por el mayordomo de propios, sino también por quien lo recibiere. Además, y ante el desmadre que reinaba en el tema del luto -en el que el nivel económico del difunto y su familia se medía en las manifestaciones externas como el número de personas que vestían luto por él, las plañideras, las misas, las velas...- la ley regula el número de personas que podían enlutarse.

Los dolientes vestían luto por padre, madre, abuelo, abuela u otro ascendente; suegro, suegra, marido, mujer, hermano o hermana. Ordenamos, i mandamos que de aquí adelante por ninguna persona, difunto de cualquier calidad, condicion, i preminencia que sea, se pueda traer, ni poner luto, sino fuere por padre, ò madre, ò abuelo, ò abuela, ò otro ascendiente, ò suegro, ò suegra, ò marido, ò mujer, ò hermano, ò hermana; i por otro alguno, en qualquiera grado de parentesco que sea, no se traiga, ni ponga, ni se pueda traer, ni poner luto,

excepto por las personas Reales, i el criado por su señor, i el heredero por quien le dexare.

Otrosi que por ninguna de las susodichas personas, por quien se puede traer, i poner luto, no se traiga, ni ponga ni pueda traer, ni poner sobre la cabeza, cubriéndola con capirote, ò loba, ni en otra manera, ni dentro en casa, ni fuera, ni al tiempo del entierro, ni obsequias, ni en otro alguno, exepcto por las personas Reales.

A las viudas se les pedía tristeza pero contenida: *Otrosi, en quanto toca ò los lloros, llantos, i otros sentimientos, que por los dichos difuntos se acostumbra facer, se guarde lo questà ordenado por las leyes de nuestros Reinos, i so penas en ellas contenidas.*

Es de esta fecha desde cuando se extiende el uso del color negro para el luto, sencillamente porque era más fácil y barato teñir los paños de negro que blanquearlos como había sido el color del luto durante toda la Edad Media. Vuelve a tomarse el negro como color de luto como había sido en época romana.

Fuera de esto y, salvo para el fallecimiento de personas reales, nadie más debía ir de luto, exceptuando dos casos: el criado por su señor y el heredero por quien le dexare. Regula la pragmática el atuendo que debían vestir y el que no, tanto hombres como mujeres y el tiempo del luto, que estaba en función del grado de parentesco.

También hace mención el texto a la forma de decorar las casa, las iglesias y el gasto que había de hacerse en cera, en velas, de ahí su título. En este sentido la pragmática prohíbe expresamente que se puedan poner ni pongan paños de luto, ni ante puertas, ni camas, ni estrados ni almohadas; y en las iglesias se prohíbe levantar túmulos, y que solamente se pueda poner la tumba con paño de luto u otra cubierta; y que no se puedan cubrir ni poner paños de luto en las paredes de dichas iglesias.

Por lo que se refiere a la cera se prohibía poner en la sepultura más de doce hachones o cirios, sin contar, las candelas y velas que portaban los dérigos, niños de doctrina y cofrades que acompañan los cortejos de difuntos. Tampoco entraba en la prohibición de la cera que se donaba a la Iglesia por parte del fallecido o sus herederos, ni de la que se compa-

raba con una limosna.

Para lo que no se establecía límite era en el número de misas y la cantidad de limosna que se entregaba a la iglesia por el alma del difunto, ya fuese por disposición testamentaria del fallecido o realizado por sus herederos; más bien al contrario, a lo largo del texto se animaba a que lo que antes se gastaba en vanas demostraciones y apariencias, se gaste y distribuya en lo que es servicio de Dios y aumento del culto divino y bien de las ánimas de los difuntos.

La contravención de la pragmática tenía su correspondiente sanción lo que viniera contra lo contenido [en la Pragmática] en todo o en parte [...] ayan perdido dichos lutos que truxeren y caigan o incurran en pena de dos mil maravedís, cantidad que se distribuía por tercios entre: denunciante, juez y obras pías.

El luto era tan duro y severo que tuvo que ser modificado por el Concilio de Toledo. En 1729, Felipe V definió una nueva pragmática de lutos con ciertas medidas más flexibles a la hora de exteriorizar la pena por la pérdida, como podrían ser la limitación del luto a seis meses y a los consanguíneos del fallecido o la restricción del uso del color negro en el interior de las viviendas. Carlos III reglamentó a mediados del siglo XVIII una nueva pragmática sobre lutos en la que se prescribía, incluso, el número de velas que habían de encenderse alrededor de la cama mortuoria, ocho velas, y las telas que debían gastarse durante el período de luto.

Lo que empezó como pragmática de obligado cumplimiento, y para tratar de poner orden en desmanes fiscales y de manifestación pública desproporcionada del dolor, no se concibe en el marco legislativo contemporáneo. Pero pasó a la costumbre y forma parte del acervo cultural. Se trata de costumbres que, aunque muy diluidas y relajadas, han persistido en la sociedad, como son el llevar el atuendo en color negro, orlar las esquelas mortuorias con la franja negra, la manifestación de dolor y quietud de los más allegados al difunto, incluso en los pueblos pequeños acompañar todos los vecinos al sepelio, aunque nunca las mujeres. Estas recibían el pésame en casa, asistían a los oficios religiosos pero nunca al camposanto.